

El lobo regresa a la cocina del abuelo

Por Antonio Pérez Henares
Fotos: Carlos Sanz

“E

stando yo en la mi choza,/limpiando la mi cayada,/las cabrillas altas iban/ y la luna rebajada./Vide venir siete lobos/ por una estrecha cañada/.Los guía una loba parda.....”. Fue hace ya más de treinta años cuando cerré, perplejo, aquel libro “Flor nueva de Romances viejos” de Menéndez Pidal, y seguí recitando de carrerilla aquel antiguo romance del siglo XVI. Lo tenía impreso en algún resguardado rinconcillo de la mente y el recuerdo me llevó a mi infancia, a una cocina de un pequeño pueblo de la Alcarria Alta de Guadalajara, desde donde se ven azular a lo lejos las sierras de Ayllón, y a mi abuelo materno, ante la lumbre, rodeado de sobrecogidos nietos a los que contaba una de sus historias de lobos. Quise comprobar que mi memoria no me traicionaba y le escribí

una carta. No tardó en llegar la respuesta. Allí estaba, y aún conservo como el mejor de sus legados, con su gruesa letra y sus faltas ortográficas, pero deslumbrante y preciso, el viejo romance que él había recibido de la boca de sus ancestros y que, siguiendo la senda de la sangre y las leyendas, me había transmitido a mí.

Mi abuelo Valentín, un fabuloso narrador donde quizá este la semilla primera de mi vocación literaria, no me contó nunca “Caperucita Roja”, ni falta que me hizo, pero la vieja cocina, en aquellas tardes invernales, con los gorriones piando en las ramas desnudas del olmo, estuvo siempre llena de las historias del lobo. De aquellos tiempos en que a mi tatarabuelo, que “era muy alto y muy valiente”, se le comieron unas abarcas

de piel de toro y de aquel ataque al rebaño en los pasos de Henarejos allá por Rabotacapas. El lobo era el mito y el enemigo, el héroe malo, aún próximo y todavía temible. Porque cuando el abuelo nos contaba sus historias, muy cerca, casi donde alcanzaba la vista en los días claros, por el Bornova y el Sorbe, cerca de los hayedos de la Tejera Negra, sobrevivían algunos ejemplares. El último fue a morir, como murieron muchos de los suyos, envenenado en los restos de un caballo, al que había dado muerte y al que regresó a comer, en el término de Prádena de Atienza. Corría el año de gracia de 1.967.

En los años setenta, tras una feroz persecución y con la complicidad letal de la estricnina, el lobo estaba a punto de ser exterminado en toda España. Tan sólo quedaban medio millar de ejemplares refugiados en sus bastiones galaicos y de la cordillera Cantábrica. Pero la nueva conciencia ecológica, su apóstol Felix Rodríguez de la Fuente, la diáspora de la población rural, la tranquilidad de los campos donde entre una labor y otra pasan los meses sin hombres por las tierras, el espesamiento de los montes comunales por la llegada del butano, la proliferación del jabalí y la irrupción del corzo, entre otros factores, propiciaron que el animal iniciara una auténtica reconquista península abajo, mientras que sus congéneres de la mitad sur seguían un inexorable declive que hoy los tiene, aislados en dos pequeños enclaves de la Sierra de San Pedro extremeña y Sierra Morena, al borde de la desaparición.

Por el contrario, los lobos norteños, siguiendo los pasos de los fieros guerreros cristianos siglos antes, volvieron un día a recuzar el Duero y otro tornaron a asomarse al sur del Sistema Central y aposentarse de nuevo en aquellos enclaves del "Común de las tierras de Atienza", donde aún estaban en la memoria de nuestros abuelos. Robledo de Corpes, con todo su eco del cantar de Mío Cid, Hiendelaencina, Arbarcón, Villares de Jadraque y decenas de pequeños pueblos han sentido de nuevo el lobo a sus puertas. Hoy esa Sierra Norte de Guadalajara, la sierra negra de la pizarra, se ha convertido en el nuevo



bastión reconquistado por el cánido que ha vuelto a cantar a la luna desde las laderas del Ocejón y el Pico del Lobo, que por algo lleva el nombre. Desde allí sus avanzadillas ya se asoman a la Somosierra madrileña y han alcanzado el Alto Tajo haciendo incursiones en las hoces de los ríos conquenses y en los Montes Universales del lindero Teruel.

Y han vuelto a atacar los rebaños. Y las ovejas han vuelto a sentir ese pánico insuperable que las hace apelotonarse hasta la asfixia o a despeñarse en una loca huida. Y los ganaderos han vuelto a sentir el odio, la ira y la rabia ante sus reses degolladas. Y han vuelto los mastines y las carlangas y las noches en vela protegiendo el aprisco. Porque si para unos la vuelta del lobo es la mejor de las noticias, el mito recobrado, el espíritu de lo salvaje hecho aullido y la mejor prueba de la recuperación medioambiental de España, para otros es el enemigo que ha vuelto, otra vez el miedo a la puerta de sus corralizas y sus apriscos, la amenaza para sus rebaños y sus débiles haciendas. Los unos lo perciben como la más maravillosa de las imágenes naturales, los otros lo presienten agazapado en la misma raya del cercano monte. Los unos le admiran y quieren protegerle, los otros le temen y lo odian y quisieran verlo desaparecer para siempre. Todos, en lo más íntimo, como tótem o como enemigo, sienten el viejo respeto

ancestral por el animal. Pero unos, desde la segura lejanía de la ciudad, admiran su imagen en televisión y los otros se ven obligados a convivir con él y sufrir en las carnes de sus ganados sus dentelladas.

Porque el lobo mata. Y mata masivamente. Una genética paleártica, de donde proviene, le lleva a hacer despensa de reses muertas que allí se conservaban en el hielo y aquí le hace causar terribles matanzas aparentemente sin sentido. Su impacto en las zonas en que habita es evidente. Y lo que no puede ser, en absoluto, de recibo es que la sociedad española, mayoritariamente urbanita, pretenda que sean sólo los ganaderos los que carguen con sus daños. El lobo debe tener su lugar pero todos hemos de pagar su presencia y hacernos responsables de su existencia. Páguese pronto y bien a los que sufren por su diente y podremos sentirnos felices con su libre y salvaje aullido. De lo contrario, si no hay justicia para los que han de convivir con él, quién impedirá que se la tomen por su mano. Y aún, yendo más allá, es preferible el control científico —que no excluye la caza controlada de sus poblaciones que puede generar riqueza— a que la desesperación de los afectados traiga de nuevo, esta vez furtiva pero igualmente letal, una mortal siembra de estricnina en nuestros montes. ■